

CAPITULO LXVII.

El depósito.

Serian las diez de la mañana cuando la marquesa, viendo que la poblacion estaba tranquila, pidió el coche y se dispuso á salir.

Se vistió de negro muy modestamente y se dirigió lo primero á la calle del Duque de Alba, deteniéndose en la casa que ya conocen nuestros lectores.

Así que la Sabandija vió la marquesa, se acercó al coche gimoteando, con objeto de implorar el perdon que no habia querido concederla el señorito Aurelio.

— ¡Ay! señora de mi alma!... decia con ardientes lágrimas; haberse enfadado conmigo, con tanto como le he querido, con tantos cuidados como he tenido con él mientras ha vivido en esta casa!... y abandonarme de esta manera!... y todo por ese bribonazo de zapatillero y la patizamba que son unos hipócritas...

La marquesa habia mandado al lacayo á llamar al tío Roque, que ya estaba prevenido de antemano y bajó muy

satisfecho con su camisa limpia y su traje de los días de fiesta, precisamente en el momento en que la Sabandija estaba ocupándose de él.

—Qué dice esta bruja del zapatillero y la patizamba?... á ver, á ver... dílo delante de mí; dijo el tío Roque.

—Ah! gritó asustada la Sabandija.

—Vamos, tío Roque, vamos, que estoy de prisa; no haga usted caso de esta mujer; dijo la marquesa haciendo una seña al lacayo para que abriese la portezuela.

El tío Roque subió al coche y se colocó modestamente frente á la marquesa, dirigiendo una mirada de triunfo á la portera y á su marido que le miraban estupefactos.

El coche partió á escape hácia la calle de la Ruda, con direccion á la casa de préstamos de don Toribio.

Toda la gente de aquellos barrios estaba alarmada con la noticia de la sublevacion del general O'Donnell, y se iban reconcentrando en grandes grupos; pero en actitud pacífica hácia la calle de Toledo.

Con mucho trabajo pudo atravesar el coche por entre la multitud, llegando por fin al punto de su destino.

Lo primero que vió la marquesa al detenerse el carruaje en la puerta del usurero, fué el espresivo y franco rostro de Tomás junto al macilento y flaco de don Toribio que estaban detrás de los cristales de la reja, viendo la gente que pasaba por la calle.

Los dos salieron inmediatamente á recibir á la marquesa que entró acompañada del valiente tío Roque.

Si el prestamista hubiera tenido alguna mala intencion la bastaban para su defensa, aquellos dos buenos y leales amigos, mas bien que criados, Roque y Tomás, que la

adoraban y estaban dispuestos á todas horas á sacrificarse en obsequio suyo.

Empero en honor de la verdad, el usurero tenia mucho miedo al presidio con que se le habia amenazado y esta vez procedia lealmente estando dispuesto á vender á su amo por salvarse él.

—Supongo, señor don Toribio, que ya estará el cofrecito de los papeles á mi disposicion; vengo á buscarle; dijo la marquesa así que penetró en el despacho del prestamista.

—Sí señora, está á su disposicion; contestó el usurero con la mugrienta gorra en la mano.

—Yo ya la he visto; lo tiene en el sótano; pero es una arquita bastante grande con dos cerraduras; dijo Tomás en voz baja á la marquesa.

—Bien, pues vayan ustedes por ella que yo aquí espero; acompañen ustedes al señor; exclamó la marquesa dirigiéndose á Roque y Tomás.

Don Toribio bajó la cabeza y dispuesto ya á obedecer no replicó palabra y se dirigió hácia el sótano seguido de sus dos centinelas que no perdian de vista ni uno solo de sus movimientos.

Así que desaparecieron se levantó vivamente la marquesa y dió al lacayo que esperaba en la puerta una órden y una carta.

El lacayo salió á escape y la marquesa volvió á su sitio. Instantes despues partió el coche con rapidez.

La puerta de la calle habia quedado entreabierta para que pudieran entrar sin llamar los que llegasen.

Cuando volvió don Toribio encontró á la marquesa muy

entretenida examinando los mil vistosos objetos que constituían aquel vastísimo almacén.

Tomás llevaba el arquita y la colocó sobre una mesa.

—Estoy maravillada señor don Toribio al ver la multitud de cosas que me rodean; exclamó la marquesa.

—Pues esto no es nada, señora; tengo otros dos almacenes llenos solo de ropas y efectos, que las alhajas las guardo en el sótano para mayor seguridad.

—Cuánta miseria envuelta en un lujo ficticio representan esos trajes de seda, esos abrigos de terciopelo, esas pieles, esos encages, que no han podido gastar sus dueñas y los han dejado aquí á cambio de un pedazo de pan; murmuró la marquesa contemplando la multitud de ropas que había colgadas en las paredes.

—En estas casas es donde se ve la miseria; exclamó don Toribio dirigiéndose hácia la reja.

Muchos hombres pasaban y cruzaban sin cesar con papeles en la mano, discutiendo con calor como si se tratara de un asunto importante.

—Pero qué pasa hoy en Madrid?... preguntó don Toribio: veo mucha agitacion en el pueblo.

—Pues no lo sabe usted?... le dijo la marquesa.

—No sé nada; contestó el usurero encogiéndose de hombros.

—Pues tenemos encima la revolucion; esta mañana se han sublevado las tropas saliéndose al campo de Guardias con los generales O'Donnell, Dulce, Ros de Olano, Messina y otros varios y muchísimos gefes y oficiales.

—Ya se esperaba este golpe; el pueblo lo decia hace tiempo, y el pueblo no se engaña.

—Ya era hora tambien de que llegase nuestro triunfo; que bastante han sido once años de dominacion con que nos han abrumado los polacos; repuso la marquesa con marcada intencion y con una sonrisa amarga.

Don Toribio se mordió los labios, comprendiendo que el marqués estaba perdido, y que quizá habria ya huido al extranjero; pero no se atrevió á preguntarlo.

Entretenido en esta conversacion pasó una media hora. Un coche se detuvo á la puerta y poco despues entraron en el despacho un juez, un escribano y algunas personas mas que los acompañaban.

Don Toribio asustado se dirigió todo trémulo á la marquesa exclamando lleno de terror:

—Señora!... qué significa esto?... usted quiere perderme?...

—Tranquilícese usted que mientras obre conmigo lealmente no le sucederá nada; es que yo debo recibir esa arquita con las formalidades debidas y usted va á declarar toda la verdad; pero sin turbacion, porque entonces se delata á sí mismo.

El odio de la marquesa se limitaba á Jaime y perdonaba de buena gana á sus cómplices.

Mas tranquilo el prestamista pudo sufrir el interrogatorio judicial, declarando en el dia y año que recibió en depósito aquella arquita, que puso en sus manos el marqués de Nieblas.

Abierta el arca se encontró en ella la cartera que fué robada á don Leon en la batalla de Huesca con todos los documentos que probaban su matrimonio. Estaba además el archivo del regimiento que desapareció en aquel mismo

dia, y varios periódicos que referían acciones de guerra en que habia tomado parte el brigadier Rubiales, con varias cartas y papeles de sumo interés.

El juez se hizo cargo de todo por inventario, unió á aquellos documentos el que Rosa sacó á Jaime el dia de su herida cuando la entrada de Espartero, que le entregó la marquesa y volvió á cerrar el arquita, llevándosela poco despues cuando hubo concluido el escribano las declaraciones.

La marquesa tranquilizó de nuevo á don Toribio diciéndole que nada tenia que temer, si la prometia no ver al marqués ni decirle una palabra de lo ocurrido.

El usurero hizo mil juramentos, y verdaderamente su mayor deseo era no verle mas en su vida.

La marquesa satisfecha y risueña porque veía cercana la hora de su felicidad, se retiró á su casa y Tomás y Roque fueron á incorporarse con las tropas sublevadas.

CAPITULO LXVIII.

El usurero.

Cuando don Toribio quedó solo y empezó á reflexionar sobre su situacion, comprendió lo que habia hecho, y se aterró ante las consecuencias que pudieran tener para él una traicion tan poco meditada.

Sentia haber entregado aquellos papeles, y lo sentia tanto mas, de la manera judicial con que habian sido recogidos; pero no lo pudo remediar; la marquesa ejercia sobre su ánimo una influencia soberana, y en su calidad de dama y de víctima tenia dobles derechos á su consideracion.

Además, él á no entregarlos estaba perdido; hubiera ido á un presidio por toda su vida, y era mas justo que fuese el verdadero culpable que no el cómplice, pues humilde criado, sin recursos para vivir, tuvo que doblegarse á las exigencias imperiosas de su despótico amo.

Animado con estas reflexiones, se tranquilizó un poco su elástica conciencia, que no necesitaba mucho para ello,

y pensando en el peligro que hubiera corrido á no proceder así, recordó que la marquesa no le habia entregado las cartas que le comprometian; pero en la nobleza de su carácter no era posible sospechar un abuso de confianza.

No se hubiera fiado así del marqués.

El usurero con su mugriento gorro calado hasta el cuello y las manos en los bolsillos del pantalon, se paseaba de arriba abajo en el ancho salon de su comercio, fijándose de vez en cuando en los vistosos y variados trajes que guarnecian las paredes, como hubiera hecho un general pasando revista á sus guerreros.

De repente se estremeció, y aplicando el oido se acercó al balcon.

Los grupos de gente aumentaban, y el tumulto, las voces y el descontento, crecia en la multitud.

Nadie se atrevió á pronunciar ni un viva ni un muera, ni á pronunciarse en ningun sentido, pero estaban á la expectativa y se reunian, y acordaban entre sí lo que mas convenia á los intereses del pueblo, aguardando noticias del Campo de Guardias con ansiedad suma, y circulando profusamente las proclamas que anunciaban la revolucion y que corrian de mano en mano.

Don Toribio pensó quitar la muestra de su balcon; el nombre de *prestamista* anunciaba ser casa de dinero y de alhajas, y tenia miedo de que desbordadas las grandes masas del pueblo, saliese de ellas la escoria para invadir y robar á los ciudadanos pacíficos.

Empero tal proyecto era imposible realizarse en pleno dia, á la vista de los grupos que lo hubieran atribuido á miedo, bastando esto para que se lanzaran á saquear su casa.

Los avaros tienen siempre un miedo terrible á los ladrones.

Y don Toribio desconfiaba de todo el mundo, hasta de su mujer y de su sobrina, á las que no permitia penetrar jamás en el interior de su despacho.

Aquella pieza era un asilo impenetrable, que no se limpiaba nunca por la criada, sino por el mismo dueño, cuando era absolutamente necesario; pero dejaba pasar dos ó tres meses, de manera que el polvo formaba una masa sobre los muebles.

En un rincon tenia la cama cubierta con un tabique de lienzo, y detrás de la cama habia una puertecita por la que se bajaba á un sótano, que el usurero convirtió en tesorería, y era donde guardaba sus riquezas.

Ya conduciremos á nuestros lectores á esta habitacion, la mas importante de la casa; pero antes veremos las operaciones del prestamista, y siguiéndole, él mismo nos guiará al punto secreto donde guarda sus tesoros.

Situado este despacho en la parte interior de la casa, era bastante lóbrego, pues aunque tenia una ventana á un gran patio, era pequeña y cruzada por unos ásperos barrotes de hierro que impedian el paso á la luz. Luego estaba cerrada con vidrios de colores, lo que aumentaba naturalmente la oscuridad.

Don Toribio se sentó á la mesa, y calándose las gafas escribió con mucho trabajo en un papel grande: *No hay despacho.*

Las letras eran enormes, y pareciéndole aun pequeñas, se puso á contemplarlas, como dudando si las haria mayores.

—Pongo el papel á la puerta y cierro á machamartillo. Ah! mientras la gentecilla de estos barrios ande revuelta, no abro á nadie; decia el usurero colocando el papel enfrente para ver el efecto que hacia el rótulo.

—¡Bah! son buenas!... esto basta para que no llamen; además quito la campanilla. ¡Ea! ¡en marcha!...

Se levantó, y provisto de una caja de obleas se dirigia hácia la puerta, cuando oyó la voz de su sobrina que le llamaba desde lo alto de la escalera de caracol que comunicaba el piso bajo con el principal.

—Qué quieres?... contestó con su desapacible entonación; estoy ocupado.

—La comida ya está, cuando V. guste subir; dijo Elisa.

—Comed vosotras, que yo no sé cuando podré subir.

—Si Estefanía no está en casa.

—¡Cómo!... pues ¿dónde ha ido?...

—Desde que la dió V. permiso esta mañana para ir á visitar á su madre, no ha vuelto; contestó siempre desde arriba la jóven.

—Ah! perra!... yo la ataré cortito, y no volverá á ver la calle en toda su vida; refunfuñó el usurero echando una salvadera de polvos en el papel para que no se borrarán las letras.

Corrió el cerrojo de la puerta para que no bajasen de arriba á sorprender sus operaciones, y se dirigió atravesando los almacenes á la antesala.

Le pareció que sonaba en el portal ruido de voces, y se puso á temblar como un azogado, creyendo que ya las turbas invadian su casa sin haberse preparado.

Aplicó el oído á la cerradura y oyó distintamente una voz varonil que decia con rabia:

—El miserable usurero!... Ah! yo te juro que le hago trizas y frio en aceite sus pedazos.

Don Toribio se apresuró á atrancar la puerta con cuantos muebles halló á mano, y pálido sin aliento volvió á escuchar; pero la voz habia cesado y solo oyó un paso ligero de mujer que subia por la escalera hácia el cuarto principal.

Despues que no quedó un mueble en la casa que Don Toribio no hacinara detrás de la puerta, se fué por el otro lado y llamó á su sobrina.

—Me llamaba V. tio?... contestó la jóven; acaba de llegar Estefanía y si quiere V. subir comeremos.

—Baja tu hasta la mitad de la escalera.

Elisa bajó.

—Toma este papel y estas obleas, y ves por la otra escalera á pegarle en la puerta del despacho; si alguien viene á preguntar por mí, decid que estoy fuera á cien léguas de España. Lo entiendes; y sobre todo, si el marqués me busca ó algun criado suyo, le decís lo mismo que me marché hace ocho dias.

—Está bien, déme V. el papel.

Don Toribio se le dió.

—Que vaya contigo Estefanía que sabe leer, no le pongais al revés, y pegad un tiron á la campanilla que la voy á cortar por dentro.

—No tenga V. cuidado.

—Y como ha tardado tanto Estefanía?

—Dice que la daba miedo salir de su casa por que la

calle de Toledo esta imponente; y hasta el portal de casa llegan los grupos.

—Id, id, pronto á poner ese cartelon, por que no me conviene que venga nadie estos dias.

—Ahora mismo vamos.

Y la jóven subió arriba con su cartel en la mano, mientras que Don Toribio volviendo á bajar tomó una escalera de mano y unas tixeras y fué á cortar el cordon de la campanilla.

Mas tranquilo despues de verificar estas operaciones, se sentó en un sofá.

El sudor le corria por la frente y estaba pálido como un cadáver.

CAPITULO LXIX.

El tesoro de un avaro.

Algo repuesto Don Toribio del terrible susto que habia llevado y no sintiendo en la calle mucho ruido, fué á cerrar las maderas de las ventanas sin atreverse á mirar por los cristales, por miedo á que le viesen desde fuera los que querian hacerle trizas y freir sus restos en aceite.

Luego se dirigió á su despacho, tomó del cajon de su mesa un manojito de llaves, y abriendo con mano trémula la puertecita que habia á los piés de su cama dejó descubierto un pequeño retrete.

Encendió una luz y corriendo un pequeño resorte á la derecha, se abrió el fondo de aquel retrete, y dejó descubierta una escalera.

Nadie hubiera creído que allí habia semejante escalera ni semejante escondite.

Sin embargo aquel mismo dia Don Toribio habia tenido precision de descubrir su secreto á Tomás y al tío Roque que le acompañaron á buscar el arquita de los papeles.

Y eran los únicos que lo sabían, por que hasta su misma sobrina que vivía con él desde pequeña ignoraba la existencia de aquella pieza en la casa, vió sí el retrete como le vieron varios; pero nadie creyó, que tuviese doble fondo.

Tomás y el tío Roque juraron á D. Toribio antes de bajar que jamás lo descubrirían; pero no por eso dejaron de enterarse perfectamente de los resortes con que se abría y cerraba.

Don Toribio no satisfecho aun, dió una vuelta por los almacenes para asegurarse de que estaba enteramente solo, apretó los cerrojos de la puerta que comunicaba con la escalera de caracol y la que iba al patio que era un porton enorme atravesado con una barra de hierro y volvió muy satisfecho á su despacho.

Tomó la luz y se introdujo por la pequeña abertura que presentaba el fondo del retrete.

Al momento empezó á descender.

La escalera era estrecha y tortuosa y desde el principio se respiraba ya en una atmósfera húmeda y caliente.

Grandes telarañas colgaban del techo, y al llegar al fondo de la pieza, se veían ya todo alrededor de las paredes enormes arcones de pino donde el prestamista llamándose á posesion guardaba todos los efectos cumplidos que sus infelices dueños no habían podido desempeñar.

Don Toribio en su fiebre de dinero iba allí amontonando sus riquezas, y sin disfrutar de ellas gozaba solamente en contemplarlas, experimentando una sensacion de infinito placer desde el momento en que ponía el pié en el umbral de aquella habitacion que era su templo, su sacrosanto al-

tar, á quien rendia culto y donde iba todas las noches á arrodillarse y á dar gracias á Dios porque le permitia aumentar su tesoro con alguna prenda mas, la que constituiria el último pedazo de pan de algun desgraciado padre de familia, y quién sabe cuántas lágrimas le habria costado el desprenderse de ella.

El horrible viejo con los ojos enormemente abiertos y chispeantes de placer, ya se creia seguro en aquel asilo donde desaparecian todas sus penas, y empezó su minuciosa revista, abriendo el primer arcon, que contenia piezas de rico terciopelo.

Las contó una por una y abrió otro, donde alternaban las telas negras de raso y de gro; igual operacion fué haciendo en todos, abriéndolos y cerrándolos sucesivamente.

Contenian telas, encages y algunas vagillas de plata, relojes y otra clase de prendas todas de regular volúmen.

Tambien tenia en las paredes colgados algunos trajes de gran valor y sobre todo uniformes bordados de oro que habian pertenecido á ministros, á generales y altos dignatarios de la nacion.

Concluyó de pasar revista á sus batallones; aquellos eran los soldados, le faltaba el estado mayor el mas brillante, el que constituia las riquezas del prestamista acumuladas en catorce años de usura.

Pero no se veian en todo el sótano ningun otro cajon, ningun mueble, ningun sitio apropósito donde pudiese guardarlas.

No era fácil encontrar el escondite del avaro, que dueño de la casa habia hecho en ella las obras que quiso, prepa-

rando á su placer impenétrables y cómodos escondites para sus tesoros.

En el último rincón de la cueva se veía una pequeña escalera de mano, destinada sin duda alguna para colgar y descolgar las prendas de las paredes.

D. Toribio se dirigió hácia ella, la quitó de su sitio, retiró uno de los arcones que á escepcion de los demás tenía ruedas y al menor impulso se le corria de uno á otro lado, y dejó descubierta una pequeña trampa que se abría por medio de un resorte enteramente oculto en la pared.

Apretó el resorte, saltó la tapa y quedó á la vista la boca de una enorme tinaja que estaba embutida en el suelo.

D. Toribio puso á un lado la luz, metió la escalera dentro de la tinaja y tomando un taleguito con dinero y alhajas que sacó de uno de los arcones empezó á descender al fondo de aquel antro que parecia la boca del infierno y que sin embargo era un paraíso para su dueño.

El dinero y las joyas llegaban casi á la mitad de la tinaja. D. Toribio se sentó en medio de ellos y cogiendo á su placer los estuches y los sacos de monedas de oro los besaba con delirio, estasiándose en fruición deliciosa como hubiera podido hacerlo un amante á los piés de su querida.

Lágrimas ardientes corrian por sus enjutas mejillas, mezcladas con sonrisas satánicas que manifestaban su alegría; pero que eran un sangriento sarcasmo en aquella boca sin dientes, en aquel cadáver próximo á la sepultura que vivía en la mayor miseria y no consentía arrancar una sola moneda de su adorado tesoro.

— Cuándo te veré llena!... tinaja de mi alma!... Cuándo

se hinchará tu vientre y llegarán á la boca las monedas y los diamantes. Ah! qué feliz será aquel dia!... qué dicha tan inmensa para mi corazon!...

Si vienen las turbas á saquearme me escondo aquí, es difícil que descubran la puerta del retrete; pero si la descubren Tomás y Roque que han bajado conmigo, no podrán descubrir esta tinajita salvadora donde me esconderé. Ah! yo les desafío á que me encuentren. Engancho una cuerda al arcon y le corro, así puedo dejar abierta la tapa de la tinaja para respirar, y me es muy fácil apartarle para salir.

Pero bueno es hacer un ensayo; porque esos malvados de revolucionarios que quieren hacerme trizas y freir mis restos no dejarán de buscarme.

Y D. Toribio apoyado en la escalera y valiéndose de una cuerda y de una palanqueta, corrió y recorrió el arcon por encima de la tinaja; primero dejando la tapa abierta y despues cerrándola á medias, quedando solo una pequeña abertura.

El ensayo salió perfectamente, y lleno de alegría se frotó las manos con viva satisfaccion.

—Ah! qué vengan!... qué vengan!... exclamaba limpiándose el sudor que corria á mares por su frente. No me encontrarán, yo se lo aseguro.

Despues de estos afortunados ensayos volvió á besar frenético su tesoro; cogia puñados de oro y los dejaba caer formando cascada produciendo en su alma aquel dulcísimo sonido la sensacion mas agradable.

No sabia como salir de allí.

Por fin, subió, sacó la escalera, cerró el resorte y colocó el arcon encima.

Entonces sintió como vértigos y un gran vacío en el estómago.

—Canastol!... murmuró; pues, no tengo hambre!... necio de mí si no he comido!... Y con tantas riquezas sentir necesidad?... Ah! qué flaca es la humana naturaleza.

Diciendo esto, cogió su luz, y se marchó arriba donde hacia dos horas le esperaban para comer Elisa y Estefanía.

CAPITULO LXX.

Desengaño.

Es necesario que sigamos á Estefanía, cuando obtenido el permiso de su marido, sin el cual no podia salir ni á la puerta de la calle, fué por la mañana á visitar á su madre.

La pobre jóven comprendió demasiado tarde que habia hecho una locura al casarse por el interés con aquel viejo usurero, pues, se sacrificó por que sus padres tuvieran un porvenir seguro y nada podia hacer en su obsequio. La avaricia estaba encarnada en el alma de su marido, de tal modo, que ni aun ellos estaban alimentados convenientemente sino con la mayor miseria.

Al traer su mujer bajo el techo conyugal se hizo cuenta que llevaba una criada mas, y la trató del mismo modo.

No la hizo dueña absolutamente de nada, él siguió siendo el amo y dando por las mañanas para la compra una cantidad insignificante, de la que tenian que dar exactísima cuenta.

Y cuidado con que faltase un solo maravedí porque se ponía hecho una furia.

Iba en persona á la cocina á enterarse de lo que habian traído, y á dar reglas para que observasen la mas severa economía.

Herida en su amor propio la pobre Estefanía por esta falta de confianza, no quiso tomar á su cargo el gobierno de la casa y dejó á Elisa que continuara desempeñándole como antes.

El genio del viejo avaro era insufrible y martirizaba á las dos pobres criaturas que habian caído bajo su férula de una manera superior á todo encarecimiento.

Estefanía no habia visto á su madre desde la noche de la boda, por que esta infeliz mujer continuaba muy enferma. La jóven lo supo por uno de sus hermanos y fué á verla.

Así que entró en su casa, los niños saltaron á su cuello gritando con viva alegría.

—Que nos traes hermana?... que nos traes?... Ahora que eres tan rica, ya no pasaremos hambre!... mira, mamá, no ha comido nada desde ayer y no tenemos en casa ni un pedazo de pan.

El corazon de Estefanía se estremeció dolorosamente al oír estos clamores y no poder remediar tanta miseria, asomando á sus ojos dos gruesas lágrimas que corrieron á lo largo de sus megillas.

—Pues cómo no os ha dado padre dinero?... exclamó la jóven haciendo un esfuerzo para contener su llanto.

—Se marchó ayer temprano y no ha vuelto.

—Bien; vamos á ver á mamá.

Estefanía seguida de los niños que corrían en tropel á su lado registrándola los bolsillos á ver si les llevaba algo, entraron en la pieza abuhardillada que servía de dormitorio general para toda la familia.

Dolorosa fué la impresien que recibió al ver aquel cuarto tan en desórden notándose sobremanera su falta para la asistencia de la enferma, el cuidado de los niños, y el indispensable aseo de la casa.

No solo habia sido inútil su sacrificio, sino que fué perjudicial para su familia, porque se veían abandonados y llenos de miseria.

La pobre madre que era una muger de mucho juicio lo comprendió inmediatamente, desde que pudo observar la casa de Don Toribio y su método de vida, conociendo que era un avaro y que nada bueno conseguiría de él su pobre hija.

Cuando la vió entrar se incorporó en la cama y la tendió los brazos. Estefanía se precipitó en ellos y ambas sin poderse contener rompieron á llorar amargamente.

¡Qué podía decir la jóven que no lo hubiera adivinado la anciana!... Su aspecto solo, su palidez, su tristeza decían bastante que no era feliz y que se habia llevado un solemne chasco al enlazarse con el viejo usurero.

—Madre mia!... que desgraciada soy, por no poder tener á V. á mi lado!... exclamó la jóven pretendiendo engañar á la anciana para que no sospechase el verdadero motivo de su congojoso llanto.

—Y tú que te las prometias tan felices!... vamos, hija mia, confiesa que tuve razon al no mirar con gusto esta boda; ese hombre no me gustaba; pero tu padre y tú os empeñasteis en ello, y ya verás las consecuencias.

—Pero querida madre, en tan pocos dias, qué podemos decir?... cierto que es raro y miserable, y que todavía no me ha hecho entrega de nada en la casa; pero yo pienso hablarle muy clarito; por que no puedo consentir que mi casamiento haya sido una desgracia para V.

—Y qué conseguirás?... estos usureros tienen el corazon forrado en cobre y se hacen sordos á toda clase de sentimientos humanitarios.

—Yo le haré que me oiga; le exigiré lo primero un cuarto en la misma casa para que vivan Vds. donde yo pueda cuidarla y verla todos los dias, y despues le confesaré con franqueza los defectos de padre, suplicándole me permita dar á V. y á los niños siquiera el alimento diario.

—Será inútil; y solo conseguirás empeorar tu situacion que te prive quizás hasta de venir á vernos; dijo suspirando la pobre madre.

—Eso lo veremos. Ah! en tal caso yo seria capaz de dejarle, pues, no abandonaré por él á mi madre de mi alma y á mis infelices hermanitos.

—Qué lástima de criaturas!... desde ayer están pidiendo pan y yo no puedo dárselo.

—Y V. está sin tomar nada?...

—Que quieres; ayer mañana se marchó tu padre y como de costumbre no dejó un maravedí; ni hay en la casa de que echar mano.

—Voy á ver si traigo un cocido para que pueda V. tomar caldo: enseguida vuelvo.

Y Estefanía bajó á la calle desalentada y triste sin saber donde acudir porque no tenia dinero ninguno.

—Ay! siquiera cuando trabajaba en la fábrica tenia mi

jornal que servia para alimentar á mi madre; pero ahora no tengo nada!...

Se pasó á la puerta de un figon próximo á su casa, donde una mujer tenia en un gran barreño una porcion de pucheros alrededor de la lumbre, y en medio grandes panillas donde se asaban riquísimas y succulentas chuletas.

La figonera conocia mucho á la jóven y no ignoraba la boda que habia hecho, desaprobándola porque el judío de D. Toribio le conocian en todos aquellos barrios y nadie le creia capaz de regalar ni dos cuartos á su mejor amigo.

—Tú por aquí, hija mia?... la dijo; pues no te casaste con el usurero de la calle de la Ruda?... la dijo la mujer.

—Sí, señora; es verdad; pero he venido á ver á mi madre que como sabe V. está enferma hace tanto tiempo.

Apenas la argentina y sonora voz de la jóven resonó en el figon, se levantó un jóven de una mesa allí próxima donde estaba almorzando chuletas y patatas fritas.

Su primer movimiento fué salir á la puerta; pero se detuvo limitándose á escuchar sin que le vieran la conversacion de las dos mujeres.

Este jóven era un gallardo y apuesto mancebó, alto, esbelto, de ensortijado cabello rubio y ojos azules. Su rostro grueso y mofletudo estaba sombreado por enormes patillas rubias que daban un encanto particular á su agraciada fisonomía.

Vestia como los artesanos de la calle de Toledo, pantalón estrecho, chaqueton, faja de seda y sombrero calañéz.

Era Frásquito, el hijo de la señora Andrea la prendera, antiguo novio de Estefanía.

CAPITULO LXXI.

Frasquito.

—Y qué tal te vá?... continuó la figonera; es un hombre muy rico; pero como el olmo no da peras, me parece que pocas felicidades puedes esperar de ese judío.

—Hasta hoy, muy bien, no tengo queja; contestó la jóven sin poder contener un suspiro que se escapó de su oprimido pecho.

—Me parece que suspiras para decirlo; y estás pálida y ojerosa y con señales de haber llorado; eso prueba la poca verdad que hay en tus palabras, vamos, mujer sé franca conmigo, ya sabes que te quiero mucho. Si desde pequeña te estoy viendo ir á la fábrica!... y por cierto apesar de la tarea de los cigarros has estado siempre mas sonrosada y mas fresca que hoy. Pues no digo nada cuando te hacia el amor Frasquito, estabas echa una rosa!...

El picaron primero se inclinaba á Jimena; pero luego se fijó en tí, y no volvió á hacerla caso. Ah! tan guapo

chico!... vamos no tienes perdon de Dios en haberle dejado por esa estantigua.

—Pero, tia Juana!... qué cosas tiene V!... si yo no le dejé!... exclamó la jóven casi llorando, dió su madre en despreciarme y me insultaba á todas horas, yo me quejé á él, pero no quiso poner remedio. Nos enfadamos y no volvió mas á verme. En aquellos dias me pretendió D. Toribio, y como mi pobre padre y mis hermanos no tienen á veces un pedazo de pan que llevar á la boca, me casé por socorrerlos únicamente.

—Infeliz!... ahora te compadezco!... y lo has conseguido?... porque á tu marido no se le saca una peseta ni con garfios. Le conozco mucho porque estuve viviendo en su casa un poco tiempo y tengo motivos para creer que te has sacrificado en balde.

—Yo espero convencerle para que señale una pensión á mi madre, y vengo á suplicar á V. que me de un cocido y unos panecillos, porque la infeliz no ha comido desde ayer ni los niños tampoco. Yo la traeré á V. el dinero.

—Hija yo no puedo dar fiado para tu casa; tu padre me debe un dinaral y tu misma has llevado otras veces comida y no me la has pagado.

—Dispéñeme V. pero no me ha sido posible; si usted quiere la dejaré los pendientes que son los de boda que me regaló D. Toribio y valen quinientos reales lo menos. Y la jóven al decir esto se los quitó, cayendo las lágrimas de sus ojos.

—En ese caso, bueno; tómale, aquí hay uno para enfermo con gallina y jamon.

—Pero deseo que todos los dias les mande V. la comi-

da, mi hermanito mayor vendrá á buscarla y yo vendré todas las semanas á pagar.

—Si no me pagas adelantado no puedo, hija, te lo digo con franqueza.

—Pero señora si ya tiene V. en prenda los pendientes! exclamó Estefanía rompiendo á llorar amargamente.

En este momento Frasquito abandonó la mesa y se presentó entre las dos mujeres.

—Tia Juana!... dijo á la figonera; desde hoy manda usted un buen almuerzo y una buena comida á la madre de Estefanía que si ella no la paga, la pagaré yo.

—En ese caso corriente, no tengo nada que decir, ahora mismo voy á preparar un cocido y unas chuletas y pan y vino para que lo suban; repuso la figonera apresurándose á colocar todos los objetos en una cesta.

—Frasquito!... exclamó Estefanía, con acento de profunda gratitud.

—El que tú hayas sido para mí una ingrata no es motivo para que yo deje de hacer á tu madre este pequeño favor. No me lo agradezcas por que tú no mereces ni que mis palabras se crucen con las tuyas.

Y el jóven ebanista fingia un enojo verdadero cuando sus ojos no podian apartarse de la contristada jóven, que ahogada por los sollozos no podia ni contestarle siquiera.

Pasaron unos instantes de silencio.

La figonera se aproximó á los dos jóvenes y dijo:

—¡Ea! ya está aquí la cesta con las provisiones.

—Muchas gracias!... exclamó Estefanía tomándola.

Luego se dirigió al jóven y exclamó con voz débil:

—Frasquito; agradezco con toda mi alma el favor que

acabas de hacerme y te juro que no soy ingrata, por que en el fondo de mi alma estará siempre grabado este rasgo que tanto te honra.

—Quieres llevarte los pendientes?... repuso la figonera.

—No, señora, guárdelos V. contestó Estefanía.

—Llévatelos; quizá tengas un disgusto con tu marido si te presentas sin ellos; dijo Frasquito tomándolos y poniéndolos en la mano de la joven.

Esta no pudo contestar por la emoción profunda que embargaba su voz.

Se dirigió hacia su casa con la cesta en la mano y Frasquito la siguió. En el portal la dijo:

—Espero á que bajas, para acompañarte, porque están hoy estos barrios muy alborotados y no quiero que te suceda alguna desgracia.

Estefanía continuaba llorando y no contestó. Se contentó con estrechar la mano que el joven le tendia y subió paso á paso hasta el quinto piso con la cesta en la mano.

No es posible pintar con exacto colorido el júbilo de los niños, que la esperaban sentados en lo alto de la escalera.

—Nos traes pan?... hermana, hermana!... qué buena eres!... ay! qué alegría!... vamos á comer.

—Sí, hijos míos, sí; os traigo chuletas y pan.

—Viva!... viva!... querida Estefanía!... te vamos á dar cien besos!... exclamaron los niños abrazándola y apresurándose á desembarazarla del peso de la cesta.

—Pobres criaturas!... murmuraba la infeliz contemplándolos con honda tristeza.

El chico mayor con la cesta en la mano corrió hasta la

cama de la enferma enseñándosela con aire de triunfo.

Otro de los mayorcitos acercó una mesa y extendió una servilleta.

Estefanía se sentó cerca de la cama, y fué distribuyendo los manjares entre los pequeños, dando á su madre, caldo y gallina y haciendo que guardasen el resto para cenar.

Las hambrientas criaturas devoraban el cocido y las chuletas y hasta se disputaban los huesos para roerlos.

Los pequeños se quedaron dormidos así que hubieron satisfecho su voraz apetito.

—Hijo mio, dijo Estefanía al mayor. Todos los días bajas al figon de la tia Juana y te dará un almuerzo y una comida y si yo no vengo haces que la portera suba á limpiar el cuarto y á arreglar la cama de madre, que ya se lo dejaré yo encargado.

—Y tú podrás hacer este gasto? querida Estefanía, la preguntó su madre.

—Sí, señora; pero V. no se cuide de eso; coma y beba y procure ponerse buena hasta que yo pueda conseguir que vivan Vdes. en mi casa: la tia Juana les dará la comida.

La pobre mujer se calló, ignoraba los medios con que su hija podia contar; pero supuso que al hacerlo tendria la seguridad de pagarlo fielmente.

Estefanía se ocupó despues en limpiar el cuarto; vistió un rato á su madre y la hizo la cama.

Todo lo dejó en órden como en sus antiguos tiempos, y despidiéndose de su familia bajó á la calle con el corazon palpitante, pensando que Frasquito la esperaba.

La portera la entretuvo un rato en el portal y la ofreció

subir todos los días á asistir á su madre con la esperanza de una buena propina que la ofreció la jóven.

Algo mas tranquila por que dejaba asegurado el alimento y la asistencia de su pobre madre, salió á la calle y se dirigió hácia su casa.

Miró á todos lados y Frásquito no estaba. Un sentimiento de tristeza oprimió su pecho, haciéndola comprender que le amaba mas que nunca.

CAPITULO LXXII.

Antiguos amantes.

Frasquito la esperaba en la esquina de la calle del Duque de Alba, lejos de las miradas curiosas de las vecinas que hubieran podido criticarlos.

Los grupos aumentaban y los matones de todos aquellos barrios se reunían en conciliábulos, creciendo la efervecencia popular á medida que cundían las incendiarias proclamas que hicieron estender por todas partes el general O'Donnell y demás sublevados.

Gravemente preocupada la pobre Estefanía con sus propias penas, no se fijaba en la agitacion popular, hasta que separándose de un grupo unos cuantos chulos, empezaron á requebrarla, oponiéndose á su paso.

Confusa la jóven y sin atreverse á contestarles, intentó pasar por uno y otro lado; pero viendo que no la dejaban, alzó los ojos con afliccion, murmurando:

—Dios mio!... permítanme ustedes, señores, dijo en voz alta:

Frasquito que lo observó vino hácia ella, y poniéndose á su lado la ofreció su brazo, que Estefanía aceptó con viva alegría.

Sin mas que esta accion y una mirada iracunda que el jóven les dirigió, los chulos se apartaron respetuosamente.

El aire marcial y la gallardía de Frasquito predisponian en su favor.

Estefanía era de pequeña estatura y algo gruesa; pero tan bella, con una fisonomía tan espresiva y unos ojos negros tan llenos de encanto y de dulzura, que se hacia simpática á primera vista.

Asida del brazo del hombre que debió ser su esposo, se sentia orgullosa y feliz atravesando por entre la multitud, que se apartaba para dejarles paso, no sin admirar la hermosura de tan graciosa pareja.

Sin hablar una palabra ella, sonrosada por la emocion, con los ojos bajos y palpitante el seno, y él pensativo, grave y triste, atravesaron toda la calle de Toledo y llegaron á la de la Ruda, sin que su silencio se hubiera interrumpido un solo momento.

Cerca ya de su casa, Estefanía soltó el brazo de Frasquito, diciéndole con voz tímida.

—Ya estoy cerca, si no quieres molestarte...

—Temes que me vea el estafermo de tu marido?... preguntó el jóven, reteniendo entre las suyas la mano de Estefanía, próxima á escaparse de su brazo donde se apoyaba.

—Eso nó; D. Toribio no sale nunca á estas horas; murmuró ella algo confusa.

—Vamos á separarnos para siempre, Estefanía...

—Frasquito!... ¿dices que para siempre?... el obstáculo

—Sí; ¿qué te asombra?... crees por ventura que yo tengo paciencia para verte unida á ese hombre? Desde que supe tu boda estoy proyectando marcharme á América.

—A América?... Eso no puede ser; tú tan amante de tu madre, la abandonarias!...

—Ya me ha quitado la felicidad de toda mi vida, impidiendo mi boda contigo. Ninguna mujer le ha gustado para mí, y no estoy dispuesto á soportar su tiranía por mas tiempo. Soy desgraciado por respetar tanto sus caprichos.

—Tú no puedes llevar á cabo ese proyecto.

—Está resuelto, Estefanía; y como ya no nos volveremos á ver, quisiera que hablásemos quince minutos siquiera. Concédeme ese favor.

La voz de Frasquito era dulce, insinuante, sus ojos suplicaban mas que sus labios y la jóven que no habia dejado de amarle no pudo negarse á esta petición.

Además deseaba quitarle la idea fatal que habia concebido de marcharse á América.

—Y dónde hablaremos?... preguntó; la calle está llena de gente y pudieran vernos; mi posición es hoy muy delicada.

—Ven, entremos en esta pastelería que es de un amigo mio y nadie nos verá. Iremos por el portal.

Efectivamente, poco despues estaban sentados delante de una mesa, en la cual habia puesto el amo de la tienda una bandeja con pasteles, dulces y algunas botellas de licores.

—Querida Estefanía; dijo Frasquito apoyando el brazo

en la mesa y mirando á la jóven con infinita ternura: he oido tu conversacion con la señora Juana la figonera; antes tenia coraje contigo, porque creia que solo un sentimiento de avaricia te habia impulsado á casarte, hoy te compadezco y te amo mas que nunca viendo que te has sacrificado inútilmente por asegurar la subsistencia de tu madre y de tus hermanitos.

—¡Ay! esa es la verdad; por desgracia no podemos contar para nada con mi padre, y mi pobre jornal de cigarrera no bastaba para sostenernos.

—Yo ignoraba esa circunstancia.

—Eso quizá me precipitó; además yo estaba despechada con los ultrages de tu madre, y me tenia herida en el alma tu desden; en los pocos dias que han durado los preparativos de mi boda, no te he visto ni una sola vez, creo que si te presentas ante mí, aunque hubiera sido al pié del altar, retrocedo y no me caso.

—¡Fatalidad!... esos dias yo estaba enfermo y desesperado, me incomodé con mi madre, y mi maestro por distraerme se empeñó en llevarme fuera de Madrid á concluir una obra que teníamos empezada. Cuando vine y lo supe creia volverme loco; dijo el ebanista profundamente conmovido.

Estefanía se cubrió el rostro con el pañuelo para ocultar su llanto.

Frasquito continuó con voz cada vez mas triste y conmovedora.

—No he vuelto por mi casa, aunque sé que mi madre llora y me llama ingrato; pero no tengo valor para verla, porque te he perdido por su causa y yo no puedo ser feliz

sin tu cariño. Duermo en el taller y como en cualquier parte, sin poder olvidar ni un solo momento mi desgracia.

Ya ves, en este estado de intranquilidad es imposible vivir, si no me marchó á América, me iré á una barricada, pronto por fortuna empezaremos á levantarlas por todo Madrid y dejaré que me maten.

—Ah! por piedad, tú no tienes lástima de mí, me estás asesinando con esas palabras; exclamó Estefania ahogada por los sollozos y sin poder contener su llanto.

—Y qué quieres que yo haga? dímelo!...

—Tener paciencia, resignarte ¿crees que sufro yo menos que tú?... Reflexiona que soy muy desgraciada y que quizá necesite de tí; yo no quiero que te vayas, nó, nó; te lo suplico.

—Bien, si tú lo quieres me quedaré; pero reflexiona qué vida va á ser la mia viéndote unida á ese mónstruo.

—Acostúmbrate á mirarme como á una hermana; y esperemos siendo buenos que Dios se compadecerá de nosotros. Yo no puedo ser tu querida, no puedo tampoco separarme de ese hombre, pongámonos, pues, en manos de la providencia.

—Pero yo quiero verte, quiero hablarte, quiero saber todas tus penas y todos tus disgustos, un hermano tiene derecho á saberlo todo.

En tanto cuidaré de tu madre y de tus hermanos, iré á verlos todas las noches al salir del taller, y si á esa hora puedes tú ir algun dia allí nos veremos.

—Así te quiero; así, resignado, noble y generoso siempre, no con la desesperacion en el alma y con esas ideas crueles de muerte y de eterna ausencia; murmuró Estefa-

nia estrechando contra su corazón la mano de Frasquito.

Los dos jóvenes se levantaron sin haber tocado los pasteles ni el vino.

Estaba su espíritu demasiado preocupado para pensar en el grosero materialismo de la vida.

—Es tarde y no puedo detenerme, porque me esperan para comer; adios, exclamó Estefanía queriendo separarse de Frasquito.

—Déjame llegar hasta tu puerta, porque hay mucha gente en la calle, parece que aumenta la agitacion.

Salieron y atravesando con trabajo por entre los grupos de gente del pueblo que obstruía las aceras, llegaron á casa de don Toribio.

En el portal se detuvieron.

—Estefanía, dijo Frasquito á la jóven; sé que tu marido es un bribon, un pícaro usurero y no sé yo si la gente de estos barrios le respetará, si como es inminente, tenemos una sublevacion general; en este caso, yo velaré por tí, y nada tienes que temer.

—Demasiado tarde he conocido sus malas cualidades.

—Y si te maltrata, dímelo tambien; ah! que prometo si tal hace, á ese viejo usurero, hacerle trizas y freir sus restos en aceites.

Estas palabras fueron las que oyó don Toribio que le causaron tan profundo terror.

Los dos jóvenes se separaron apretándose afectuosamente la mano.



CAPITULO LXXIII.

El alma del usurero.

Don Toribio se sentó á la mesa de muy mal humor, pues á pesar de que tenia ya todas sus cosas bien arregladas para que no pudieran sorprenderle los amotinados si intentaban asaltar su casa, no dejaba de inquietarle aquella conmocion sorda del pueblo que presagiaba una violenta tempestad.

Desde luego empezó á poner faltas á la sopa, al cocido y á todo cuanto se presentaba en la mesa. Necesitaba desahogar su bilis, y con nadie mejor que con las pobres víctimas que tenia bajo su absoluto dominio, y que le sufrían con angelical resignacion.

La comida terminó de esta manera y todavía el viejo prestamista no se habia cansado de gruñir.

Elisa que le conocia mejor que Estefanía, se levantó y le dejó en la mesa fumando su cigarro de grueso papel, que hacia él mismo con los sobres de las cartas aprovechándolos así y evitándose gastar dos cuartos en un librillo.

Su mujer no se movió porque quería hablarle y no sabía como empezar la conversacion.

—Vamos! que el paseo de esta mañana ha sido bien largo; la dijo el prestamista despues de un rato de silencio.

—Ah! no he ido á paseo; se apresuro á contestar la jóven, alegrándose de que él mismo diera ocasion para llevarle al punto que deseaba.

—Las mujeres!... las mujeres!... ¡ya sois buenas!.... no os gusta mas que lucir la mantilla por la calle.

—Fuí á ver á mi madre que está bastante enferma; esas pertinaces calenturas no quieren dejarla en paz, y la encontré en cama, sin haber tomado alimento ninguno desde ayer y mis pobres hermanitos lo mismo.

—Pues y tu padre?...

—Desgraciadamente hace muy poco caso de la familia; se marchó ayer mañana y no ha vuelto; si mi pobre madre estuviera cerca de nosotros yo la cuidaria; insinuó tímidamente la jóven para explorar la voluntad de Don Toribio.

Empero éste se calló.

Estefanía aventuró un poquito mas.

—En esta casa, dijo, se va ha desalquilar el cuarto segundo si V. quisiera que se viniesen.

La jóven no podia llamar de tú á Don Toribio.

Ese dulcísimo tratamiento hijo del corazon, parece que nace del cariño y de la mútua simpatía y es imposible que se le podamos dar espontáneamente á una persona que solo repulsion nos inspira.

El usurero hizo un gesto de desagrado al escuchar la proposicion de la jóven, su idea era mas bien alejarla de

su familia, comprendiendo que estando cerca se le ocasionarian algunos gastos que estaba resuelto á evitar.

—Tengo ya ese cuarto comprometido, contestó.

—Pues yo no puedo vivir léjos de mi madre; tendré, pues, que ir todos los dias á verla y á cuidarla, por que su situacion es muy triste y no es cosa de que ya que le ha faltado mi jornal con el que se alimentaba, se vea tambien privada de mi asistencia.

—Debiste comprender al casarte que hacias el sacrificio de abandonar á tus padres por seguir á tu marido, repuso con severidad Don Toribio.

—Pero ese abandono no puede ser absoluto, ya vivo con V. y á ellos como padres les debo tambien mis atenciones y cuidados. Yo antes sostenia á mi madre con mi trabajo y ahora la infeliz se morirá de hambre si yo no la socorro; y V. que tiene buen corazon no podrá menos de comprender mi pena.

—Pues ¿que? yo me he casado con la condicion de mantener á toda tu familia?... Me gusta la ocurrencia!... estaria bueno!... No tiene marido?... y este marido no tiene una profesion y buenos brazos para trabajar?... que trabaje pues, y sostenga sus obligaciones que harto tengo yo con sostener las mias.

—Ah! V. no conoce á mi padre, si le conociera no diria eso!... exclamó Estefanía con los ojos llenos de lágrimas.

—Ya me figuro que es un bribon de tomo y lomo, porque nadie si no un tuno de playa hubiera hecho lo que él conmigo la víspera de nuestro casamiento.

—Pues qué hizo?... preguntó la jóven con asombro.

—No lo sabes?...

—Nó á fé mia; mi padre es un hombre tan reservado que jamás nos comunica sus resoluciones.

—Me obligaron él y ese amigote suyo el Curro á que hiciera testamento á tu favor echándosela todavía de generosos por que no me exigian que te dotase. Ah! eso si que no lo hubieran conseguido. Hice testamento por que me cogieron de sorpresa y no pude evitarlo; pero si ellos ó tú me dais motivo, pronto hago otro disponiendo lo contrario.

—Yo ignoraba esa circunstancia y crea usted que no será el temor de que me desherede lo que me aleje de la cabecera de mi madre enferma. Necesita de mis cuidados y yo no la puedo abandonar. Si usted no quiere que se venga á esta casa, permítame que vaya á verla, y si no les pasa los alimentos mas precisos para que no se mueran de hambre, tendré que volver á la fábrica para auxiliarlos con mi jornal.

—Tú no te moverás de casa sin mi permiso; exclamó furioso don Toribio levantándose de la mesa.

—Mi madre está enferma y no tiene que comer; replicó con firmeza Estefanía.

—Voto á cribas!... gritó con rabia don Toribio dando un violento puntapié á la silla; que la mantenga su marido!...

—Mi padre no ha querido nunca trabajar, y si algo gana lo gasta en las tabernas. Esa ha sido su conducta toda la vida y los vicios añejos se corrijen mal á la vejez. Además cuando vé que nuestra miseria es estremada se marcha y no vuelve por casa en cuatro ó cinco años. Ayer se fué y es posible que no le veamos mas.

—Esto es insufrible!... ah! Dios mio!... exclamó el usurero dando paseos por el corredor.

El mónstruo sin conciencia y sin corazon invocaba el santo nombre de Dios, cuando negaba á su infeliz mujer un pedazo de pan para su madre.

Llena de dolor la pobre Estefanía quiso apurar todos los recursos. Era buena y honrada y no queria que Frasquito tomase sobre sí la carga de mantener á su familia, pues en tal caso se obligaba al aceptar sus beneficios á corresponderle, y queria á todo trance conservar su buen nombre, siendo para él una hermana solamente.

Llorando la infeliz se acercó á don Toribio.

Elevó hácia él sus manos suplicantes y arrojándose á sus piés exclamó.

—Por compasion tenga usted lástima de mi pobre madre!... Si supiera usted qué desgraciada y qué buena ha sido la compadeceria indudablemente!... Toda su vida trabajando para mantener á sus hijos, siempre con la esperanza de que su marido se corrija de sus vicios y sea un hombre de bien. Desde que yo pude ir á la fábrica la ayudé en su penosa tarea, pero comprenda usted hoy su deplorable situacion; enferma, abandonada de su marido y de su hija!... ¿qué será de ella?... ¿qué será de mis pobres hermanitos?...

—¡Ea!... ¡ea!... no me vengas con mogigaterías; yo no me he casado para cargar con una familia entera, que se las arreglen como puedan, y tú no me vuelvas á salir de casa ni á hablar de este asunto. Todo lo que yo haré es buscar á tu padre y obligarle á que cumpla con sus deberes; refunfuñó el prestamista rechazando á la jóven que

cayó al suelo desolada y llorando con profundo desconsuelo.

Don Toribio estaba hecho un basilisco y de sus ojillos verdes brotaban chispas.

Estefanía al cabo de un rato fijó en él sus ojos y se estremeció; sin embargo aun tuvo fuerzas para insistir.

—Si usted no quiere hacer gasto ninguno, déjeme trabajar; si no en la fábrica, en casa; yo me quitaré el sueño y mantendré á mi madre con el producto de mi honrado trabajo.

—He dicho que nó!... y cuidado con replicarme!...

—Ah! por piedad!...

—Basta de lágrimas y de mogigaterías; bastante tienes que trabajar en casa, y que te quedas sola desde mañana, porque Elisa se marcha á Moralejo con su madre; gritó brutalmente el prestamista saliendo del comedor y cerrando la puerta con estrépito.

Elisa entró por otro lado y fué corriendo á levantar á la jóven del suelo abrazándola con el mayor cariño.

—Ah! pobre Estefanía!... cuánto te compadezco!... la dijo: todo lo he oído, y tengo un sentimiento en dejarte sola con este hombre de un carácter tan insufrible.

—Dios me dé fuerzas para soportar mi tormento, exclamó levantando las manos al cielo, y correspondiendo á las caricias de Elisa con la mas viva emocion.

Las dos amigas permanecieron largo rato abrazadas, sintiendo el momento de separarse porque quizá no volverían á verse.

CAPITULO LXXIV,

Las vecinas.

La tertulia del tío Roque, concurrida por todas las vecinas durante el invierno, se había desanimado mucho con la llegada del verano y por los acontecimientos ocurridos en aquella casa.

Jacinta estaba sola una noche, no ocupada en ribetear sus zapatillas, porque Roque hacía días que no trabajaba, sino cosiendo ropa blanca, mientras su hijo la leía un trozo de la Historia de España.

Sintieron dos golpecitos á la puerta, y el niño fué á abrir alborozado de alegría, exclamando:

—¡Ay! ¿si será papá?...

—No te regocijes, hijo mio, que no hubiera llamado tu padre con tanta calma, dijo Jacinta.

Era la señora Andrea.

El niño la recibió mústio y cabizbajo, mientras Jacinta que no esperaba al tío Roque, se alegró de que llegase alguna amiga á distraer su soledad.

—Buenas noches, dijo la anciana, con acento fatigoso, como si se sintiera enferma ó cansada.

—Muy bien venida señora Andrea, la contestó Jacinta; ¡tengo tanto gusto en ver á V.! pero la encuentro abatida; ¿qué la sucede?... ¿Está V. mala?...

—¡Ay señora Jacinta de mi alma! tengo una pena muy grande; ya le dije á V. hace dias que mi hijo me daba muchos disgustos; pues ahora se han duplicado; y yo que no podia creerle capaz de contrariar ni el mas leve capricho mio, ahora se me rebela, huye de mi vista y no viene nunca por casa.

—Válgame Dios!... cuánto lo siento! si á nadie le han de faltar disgustos en este valle de lágrimas; pero no se apure usted que ya vendrá; los muchachos se incomodan cuando les quitan su gusto, y luego se les pasa; y qué tienen que hacer sino volver al seno de sus padres, que solo quieren su bien.

Jacinta con estas y otras palabras procuraba consolar á la anciana prendera que lloraba amargamente.

—He perdido el cariño de mi hijo, cuando yo no tenia otra felicidad en el mundo; y segun me han dicho en el taller, está muy empeñado en marcharse á América; ¡vea usted qué será de mí, pobre anciana!... quién cerrará mis ojos!... pero yo no lo puedo soportar, me moriré antes de que se vaya!... de seguro.

Contristada la buena Jacinta al ver el profundo pesar de aquella infeliz mujer, y no pudiendo consolarla, lloraba con ella.

Tambien se agotan las fuerzas para el dolor como para alegría; y al cabo de un rato enjugó sus lágrimas y se

quedó muy pensativa, con los ojos bajos y las manos cruzadas sobre las rodillas.

Jacinto exclamó:

—Vea usted señora Andrea lo que sucede en contrariar tan abiertamente á los hijos. Muchas veces dije á usted que hacia muy mal en ultrajar á la pobre Estefanía, porque Frasquito la amaba y lo tenía que sentir.

—Pero qué cariño!... querrá usted creer que le dió un accidente y ha estado muy enfermo en cuanto supo que ella se había casado?... Me ha dicho su maestro que era una pasión grande la que se tenían, y que por mi causa van á ser infelices los dos por toda la vida.

¡Ay! señora Jacinta, este es un cargo de conciencia para mí; y luego que á consecuencia de haberla perdido, mi hijo me aborrece.

Si ella estuviera soltera yo iría á pedirla perdón y la suplicaría llorando que se casara con mi Frasquito; pero ahora nada podemos hacer, y las consecuencias son fatales, porque es un mal que no tiene remedio.

—Por eso no hay mas que dejarlo al tiempo, que cicatriza todas las llagas; dijo Jacinta.

—Pero y si se marcha?... no vé usted que eso va á ser mi muerte?... exclamó la preñada dejando otra vez correr su llanto.

—Mire usted me ocurre una idea; nada adelanta usted con llorar, y lo mejor es buscar medios para atraerle.

—A mí no se me ocurre ninguno.

—Yo discurriré por usted; veamos. Cuénteme usted primero todo lo que le hayan dicho el maestro y sus compañeros.

—Mil cosas me han contado. Dice su maestro que al ver mi tenacidad y el coraje que yo tenia contra su novia, se disgustó mucho Frasquito, y una noche fué muy enfermo y tan desesperado, que estaba dispuesto á pegarse un tiro.

Viendo esto su maestro, á la mañana siguiente se le llevó fuera de Madrid con el pretesto de concluir una obra; pero mas bien por distraerle. Parece que estuvo muy triste y siempre pensando en ella, porque la quiere con delirio; queriendo á todas horas venirse á verla y llenándome á mí de improperios porque le hacia el hombre mas infeliz del mundo.

Pasaron quince dias y se vienen; así que llegaron se marcha á casa de ella y le dice que se ha casado aquella misma mañana; esto produjo en él desesperacion, dolor, coraje y un vivísimo deseo de pegarse un tiro. No pudieron abandonarle sus compañeros hasta que le han visto mas tranquilo; pero dicen que esta tranquilidad dimana de su firme resolucion de marcharse á América.

Cuando le hablan de mí dice que no quiere verme, ni quiere ver á ella, ni á nadie que le recuerde su desgracia.

Aquí tiene usted querida Jacinta la angustiosa situacion que estoy atravesando; dijo la pobre mujer ahogada por su profunda pena.

Jacinta que se habia quedado un rato muy pensativa, dijo al fin levantando la cabeza:

—Pues bien, señora Andrea; aquí no hay mas remedio que uno y se le voy á indicar á usted.

—¡Ah! ¡si usted encuentra remedio á mis males la deberé mas que la vida! exclamó la anciana aproximando su silla á la de la jóven y escuchándola con ansiedad.

—La única persona que tiene influencia sobre Frasquito, á pesar de haberse casado, es la misma Estefanía. Acudamos á ella suplicándola que le haga abandonar esa fatal resolucion; dijo Jacinta en tono profético.

—Es verdad, pero se negará; debe tenerme un odio mortal, y estando ella ya casada con un hombre tan rico, no la importará mi hijo y no querrá comprometerse por darnos gusto.

—Lo intentaremos; ella es buena, tiene un escelente corazon, yo sé los sacrificios que ha hecho desde que tenia diez años por su madre y por sus hermanitos, trabajando dia y noche y siendo una criatura modelo, y no creo que se resista á las lágrimas de una madre.

—Tiene usted razon; pero es un proyecto arriesgado que no me atrevo á poner en planta yo sola, porque el marido es un hombre muy malo, muy adusto y si se apercibe de la comision que me lleva á su casa es capaz de arrojarme á puntapiés por la escalera.

—Yo acompañaré á usted y no tema nada; iremos mañana, despues de las diez; á esta hora está él en su despacho y no sube arriba; viven en el cuarto principal y podremos muy fácilmente ver á Estefanía sin que lo sepa el pícaro de su marido.

Ah! yo le tengo mucho coraje á ese pícaro de usurero, y me da lástima ver á la pobre Estefanía casada con él.

—Ahora siento con toda mi alma no haberla querido para mi hijo; dijo la prendera.

—Hubiera sido una buena esposa como es una hija modelo.

—Pero si tiene tan mal padre!... esta era la causa de mi oposicion.

—Son cosas del mundo, señora Andrea; de cuántos padres malos salen hijos inmejorables, y de cuántos buenísimos y honrados salen perversos que suelen morir en un cadalso.

La señora Andrea bajó la cabeza sin tener nada que oponer á las sensatas razones de la buena Jacinta.

CAPITULO LXXV.

Continúa el anterior.

La puerta que la señora Andrea habia dejado sin cerrar se abrió bruscamente apareciendo la Sabandija con avinagrado gesto, y arrojando con muy malos modos un papel sobre la mesa.

—Hoy han traído eso para usted; dijo á Jacinta y se disponía á marcharse sin entrar.

—Venga usted acá y no se marche tan deprisa; exclamó la señora Andrea, que con los consuelos y esperanzas que la habia dado Jacinta iba recobrando su buen humor.

—Tengo que hacer, señora Andrea, contestó la portera sin dejar de mirar la carta que Jacinta se habia apresurado á abrir.

—Sí, vaya unas ocupaciones á estas horas, cuando ya habrán ustedes cerrado el portal.

—Sí, señora; pero me subo á mi cuarto; dijo la Sabandija que rabiaba por saber de quién era aquella carta y

no queria quedarse si Jacinta no se lo decia, porque habian reñido ya dos ó tres veces y no se hablaban.

—Antes, todas las noches nos hacian un rato de compañía, dijo Jacinta, doblando la carta que solo contenia dos líneas; pero ahora se ha enfadado esta señora con nosotros y nos insulta á todas horas, sin tener el menor motivo para ello: por fortuna pronto dejaremos esta casa.

—Se van ustedes á mudar?... preguntó la prendera.

—Si, señora; el amo de mi marido á quien hemos encontrado por casualidad despues de catorce años, nos pone una magnífica zapatería con estensos talleres en la calle del Caballero de Gracia, en una casa suya, y va á hacer que mi marido se quede con la contrata de calzado para el ejército en cuanto triunfe la revolucion.

—Pues menuda es la fortuna, se van ustedes á hacer de oro!... exclamó la señora Andrea.

La portera se quedó muy pensativa, comprendiendo que habia hecho mal en reñir con ellos porque, teniendo tan vastos talleres de calzado necesitarian muchos oficiales y hubieran podido colocar á su marido, sacándolos de aquella covacha de porteria donde no ganaban para pan.

Todas estas reflexiones acudieron en tropel á su imaginacion y resolvió humillarse porque la tenia cuenta. Entró, pues, y exclamó dirigiéndose á Jacinta.

—No ha sido mi ánimo ofender á usted señora Jacinta; sino que á veces está una acalorada y pega con cualquiera.

—Pues, amiga, para eso está la reflexion, y si hemos de decir la verdad, toda la rabia de usted es porque el señorito Aurelio nos distingue con su confluencia y á usted no la hace caso por habladora y por haber sido la causa de

que ese pícaro de jorobado se llevase á la señorita Dalmacia.

La Sabandija bajó la cabeza abrumada bajo el peso de esta acusacion que no podia rechazar siendo ciertísima.

—Qué lástima de niña!... exclamó la señora Andrea; y es cierto que la Cigarrera la tenia desde pequeñita, porque la robó en el palacio de un marqués?...

—Sí, señora; es hija de una familia de la aristocracia, como igualmente el señorito Aurelio, y el padre de este señorito es el amo de mi marido, á quien salvó la vida en una batalla y que le quiere con delirio. Ya ve usted si yo tengo títulos para que esa familia nos proteja y nos dispense su confianza.

—Yo lo ignoraba, y francamente creí que ustedes me habian indispuerto con el señorito; dijo con humildad la Sabandija.

—Está usted equivocada; nosotros no le hemos dicho una palabra; sino que usted es tan ligera de lengua como de modo de pensar y siempre forma malos juicios.

Se ha indispuerto usted misma dando al jorobado unos informes que le han servido para apoderarse de esa infeliz señorita y que ha podido costarla la vida, porque ha estado enferma de mucha gravedad.

—¡Pobrecilla!... dijo muy conmovida la señora Andrea; ¿y ya la han encontrado?...

—Todavía nó; él se la llevó á una casa de campo acompañada de la Golondrina...

—Y á propósito, exclamó la señora Andrea interrumpiéndola, sabe usted que hace poco se presentó esa vieja

taimada en mi puesto á venderme las ropas que compré para disfrazarse de marquesa?

—Como ya no la hacen falta, se deshizo de ellas, y ¿cómo no ha venido por aquí? preguntó la portera.

—Por que la dije que su yerno estaba en la cárcel, su hija en el hospital y la llave de su casa en poder de la justicia, á qué habia de venir?...

—Ella engañó á la pobre niña y la sacó de casa de Estefanía, dijo Jacinta.

—Pues mire V. yo la pregunté con toda intencion y no quiso decirme una palabra respecto á ese asunto; repuso la prendera.

—Tendrá miedo; y acaso espere todavía sacarle mas dinero al jorobado. Dalmacia la tomó un odio profundo y tuvieron que separarla de su lado durante su enfermedad.

—Y ¿cómo sabiendo todos esos detalles no la han encontrado? preguntó con asombro la señora Andrea.

—Porque cuando la fueron á buscar á la quinta donde estaba encerrada, se habia escapado ella misma aprovechando un descuido de la mujer que la vigilaba.

—Hizo muy bien!... exclamó la prendera.

—Cuánto me alegro!... repitió la Sabandija.

—Ahora la buscamos aquí donde sin duda se ha escondido; ¡pero vaya V. á dar con ella en esta babel!... y que la pobre ignora que tiene una familia que la recibirá con los brazos abiertos.

—Ah! tiene V. un medio de rehabilitarse, dijo Jacinta á la portera. Búsquela V. que el señorito Aurelio ofrece una fuerte recompensa á quien la encuentre.

—En cuanto amanezca estoy en la calle y no descan-

saré hasta encontrarla; quiero reparar el mal que he hecho; exclamó la Sabandija animada del mejor deseo.

—Hará V. bien: todos trabajamos con ese fin.

—A ella le gustaba mucho ir á misa todos los dias y no se olvidará de esta devocion cuando es desgraciada, repuso la portera, de modo que empezaré á recorrer las iglesias. En San Isidro tenia su confesor y allí solia ir, toda la mañana voy á pasar en esta iglesia.

—La veo á V. en buen camino; dijo Jacinta muy satisfecha de haber picado el amor propio de la Sabandija, por que era muy capaz de no descansar hasta que la encontrase.

—Y á todo esto ni siquiera la he preguntado á V. por el tio Roque; dijo la Sra. Andrea.

—Está bueno, ha ido á una comision con su amo y en esta carta que acabo de recibir me dice que no sabe cuando vendrá que cuide yo de la obra que están haciendo en el taller y me traslade en seguida.

—¡Válgame Dios!... y qué tristes nos vamos á quedar sin V. dijo la Sra. Andrea. La vecindad de esta casa se renueva, está visto. Tambien yo me voy sino consigo arreglar ese asuntito que tenemos entre manos.

—Mañana á las diez y media venga V. y veremos de hacer esa visita, dijo Jacinta.

La conversacion se prolongó algunos instantes y poco despues se retiraron las vecinas á su cuarto.

CAPITULO LXXVI.

Preparativos.

Cuando la marquesa estuvo de regreso en su casa despues de haber recogido en la de Don Toribio, y entregado á la autoridad, los importantes documentos que habia buscado inútilmente por espacio de catorce años, se dirigió al cuarto de su madre y llorando de alegría la refirió lo sucedido.

Luego abrió la puerta del oratorio que estaba enfrente de la cama de la pobre paralítica y entró á dar gracias á Dios arrodillándose ante una hermosa imágen del crucificado, donde permaneció largo rato en fervorosa oracion.

Tranquila su alma por este desahogo natural de su conciencia cristiana, pudo ya entregarse con todo el ardor de sus vehementes deseos á preparar el epilogo de aquel drama, en que habia desempeñado Jaime sin saberlo el papel de protagonista.

Se creyó invencible el astuto marqués y estaba completamente derrotado.

Ya Tula tenia entablada su demanda de divorcio y hechas con el mayor sigilo las primeras diligencias, para instruir, el espediente judicial y canónico que debian dar por resultado la anulacion de su segundo matrimonio dejando el primero en toda su fuerza y vigor.

Almorzó con su madre satisfecha y alegre si bien con el pesar de que no participasen de su dicha Leon y Aurelio, pero era natural que ya supieran la feliz noticia por Tomás y Roque que con este objeto y con el de ponerse á sus órdenes se habian dirigido al campamento de los sublevados.

Recibió despues la visita del juez y del escribano que entendian en su causa y les dió cuantos detalles eran necesarios para su buen éxito enterándoles minuciosamente de la conducta de Jaime y de todas sus maldades desde que se casó con ella, sabiendo que vivia su primer marido, delito señalado en el código con la pena de prision mayor correspondiéndole de diez á doce años de presidio.

Esto sin contar el robo del niño suficientemente comprobado, y la palabra de casamiento que tenia dada á Rosa, lo que constaba en documentos que óbraban ya en poder del tribunal.

Por la tarde ya, se fué á ver á Jimena y á Rosa para convinar con ellas la terminacion de su farsa.

Estas la habian llamado ya dos veces; pero estando ocupado en asuntos importantes no habia podido acudir. En este caso Jimena manifestó á Juana para que se lo dijera á la marquesa que Don Jaime estaba allí todo el dia, pero que Rosa con pretesto de su enfermedad no queria presentarse hasta que hablaran y convenir en lo que iban á hacer.

Ya con estos antecedentes se dirigió Tula desde luego al cuarto de Rosa. Esta se hallaba levantada, no bien de su indisposicion; pero sí llena de ánimo y de coraje deseando por momentos hacerse conocer de aquel Jaime que tanto habia amado y que á la sazón odiaba con sus cinco sentidos.

La mujer perdona fácilmente los agravios que dimanen del corazon, por que esta entraña, como dicen algunos, destinada físicamente á la circulacion de la sangre tiene su parte moral de donde emanan los buenos sentimientos y á veces los malos; pero sobre todo tiene una parte muy esencial de inconsecuencia, y tan pronto ama profundamente á despecho de toda razon, como aborrece sin motivo fundado para ello.

Esta es la causa de que se olviden los agravios que tienen origen en ese órgano veleidoso; no sucede así con los que infiere la maldad que arraiga en el cerebro y se desarrolla entre los vicios orgánicos de una naturaleza completamente pervertida.

Cuando Jaime arrojó á un presidio á la pobre Rosa que no habia cometido mas delito que amarle, estaba despojado su corazon de toda clase de nobles sentimientos, obedeciendo únicamente á la maldad refinada de su alma.

Esta accion inicua mató el amor en el corazon de Rosa.

Desde entonces le odió sustituyendo al cariño y al perdon la repulsion mas violenta.

Su mas ardiente, su pertinaz deseo era devolverle mal por mal, hundiéndole en un presidio, como él tan inhumanamente la habia hundido á ella.



El único lenitivo que hubiera podido calmar la acritud de estos sentimientos de hostilidad, era el amor de su hijo.

Pero Jaime habia hecho un mónstruo de Octavio; le privó del santo cariño de su madre y el hijo que se cria sin el amparo del amor materno, sin ese dulcísimo bálsamo que inocular en el corazon del niño, los piadosos y tiernos sentimientos propios de la mujer, no puede menos de hallar en su naturaleza un vacío inmenso, le acostumbra á pensar y no á sentir, y del sentimiento al cálculo hay una gran diferencia.

Y este privilegio está solo concedido á las madres.

Cuando Rosa se convenció de que Octavio era un malvado y que nada podia esperar de su cariño, odió doblemente á Jaime, todo el rigor de sus iras se descargó sobre él, porque no la era posible odiar al hijo de sus entrañas.

En esta disposicion de ánimo la encontró la marquesa.

La fiebre física habia pasado en ella; pero quedó la fiebre moral, y no podia estar completamente curada hasta que viera satisfecha su venganza.

—¡Ya levantada!... vamos, eso de seguro no lo ha mandado el médico!... exclamó la marquesa con alegre asombro al entrar en el dormitorio de Rosa, viéndola sentada en un sofá y muy dispuesta á tomar un pequeño refrigerio.

—A qué no sabe usted cual ha sido para mí el medicamento mas eficaz?... dijo sonriendo la antigua Cigarrera y señalando un sillón á la marquesa.

—Ah! si yo tuviera como Jimena el don de la doble vista, se lo diria enseguida; exclamó la marquesa riendo

y rechazando el sillón para sentarse cerca de Rosa en el sofá.

—Pues bien, fué la noticia que me dió Jimena de que hoy mismo podia quedar cumplida mi venganza.

—Y que es ciertísimo, añadió la marquesa.

—Pues, véame usted ya ágil, buena y sana; exclamó Rosa levantándose y dando dos paseos al rededor del aposento, sin que su cabeza vacilara, ni sentir la menor debilidad.

—Ya veo que está usted fuerte y me alegro mucho; yo acabo de prepararlo todo con el juez, y espera á ustedes que pueden ir cuando gusten.

—Por mi parte ahora mismo; voy á tomar un sopicaldo y un trozo de gallina que acaban de dejarme en este velador y ya estoy en camino.

—Pero Jaime está dispuesto?...

—Ya lo creo; hoy le tiene usted con Jimena en el gabinete azul, mas amartelado que un tórtolo; ha almorzado con ella y solo espera á que yo salga para ir á casa del juez á dejar entablada la demanda de divorcio para marcharnos esta noche á Francia.

—Y ya tienen ustedes el viaje arreglado?...

—Todo está listo; él cree inminente la revolucion y como está muy comprometido con este gobierno, su mayor deseo es salir de España cuanto antes.

—Ya lo creo; tiene muchos delitos sobre sí, y debe temblar.

—Ah! como voy á gozarme en su humillacion!... si supiera usted ¡cuánto le aborrezco, señora marquesa!... No le puedo perdonar que haya hecho de mi hijo un malvado. ¡Yo que por amor á este hijo hubiera sido una már-

tir, una esclava!... Le hubiera servido de rodillas porque me dejase cuidarle durante su infancia, y en este caso ni yo hubiera sido una mujer criminal, ni Octavio un infame!...

Dos gruesas lágrimas rodaron por las mejillas de Rosa.

CAPITULO LXXVII.

Falsas ilusiones.

La exaltacion que se iba apoderando de Rosa se calmó con la presencia de Jimena, que entró á tomar órdenes de sus jefes, como se complacia en llamar á Rosa y á la marquesa.

—Me alegro mucho que haya usted tomado ese pequeño refrigerio, dijo viendo en el velador los platos vacíos, y vamos á ver qué se dispone, porque el marqués está intranquilo, agitado y no descansa hasta que se vea al otro lado de la frontera, dijo Jimena.

—Quizá presienta lo que le va á suceder; repuso la marquesa. Ah! qué chasco se va á llevar!...

—Cuando la señora marquesa disponga; yo estoy bien, dijo Rosa; voy á vestirme y al momento salgo al gabinete; dí al marqués que estoy mejor y que me ha recomendado el médico un paseo en carruaje; así no hallará sospechosa mi rápida mejoría.

—Cuando usted guste, mi querida Rosa; lo dejo ya á

su discrecion y me retiro; pero antes quiero darla una buena nueva. El indulto de usted está concedido por la reina.

—Ah! señora, ¡cuántas gracias!... y ¡cuánto reconocimiento la debo!... ¿con qué la pagaré tantas bondades?... exclamó Rosa llorando de gratitud y besando con efusion las manos de Tula.

—No hable usted por Dios de esa manera, porque me avergüenzo; mucho mas la debo yo.

Y la marquesa estrechándola tiernamente entre sus brazos se marchó corriendo para evitar las espresivas muestras con que Rosa la demostraba su afecto.

Rosa pasó á su tocador y se vistió, colocando sobre sus cabellos de un rubio azafranado, su peluca negra salpicada de algunas hebras de plata y una gorra de encages, con lo cual estaba perfectamente disfrazada, representando veinte años mas de los que tenia.

Aunque era gruesa aparentaba estarlo doblemente, con el ancho y grueso manton que cubria sus hombros, pues apesar de lo avanzado de la estacion, la convenia llevarle, tanto por estar enferma, como por ocultar mejor sus formas y que no pudiera reconocerla Jaime hasta el momento oportuno.

¡Cuántos pensamientos bullian por su cerebro!... ¡qué de cálculos para el porvenir!...

Es tan hermosa la venganza, cuando la anima un legítimo resentimiento, que Rosa se gozaba ya con la humillacion de su enemigo y sonreia llena de júbilo al pensar en su triunfo.

—Ah! sí, sí, decia; es necesario un escarmiento, lo

tiene muy merecido y es quizá lo único que pueda detener á mi pobre hijo en el mal camino que ha emprendido.

El castigo de su padre le servirá de ejemplo. Es un niño todavía, y aun es tiempo de corregirle haciéndole un hombre honrado.

Con estas ideas se duplicaba el vigor de la ex-cigarrera, creyéndose ya en los brazos de su hijo que la pedia perdon por sus desdenes anteriores.

—Ah! cuán poco conocia el corazon humano. El niño que sale rebelde y orgulloso y llega á la juventud por el camino de los vicios, no se corrige fácilmente, mucho menos si ha heredado la perversidad con la sangre de su padre.

Empero la pobre madre se hacia esas ilusiones, y nada mas natural en ella que alimentaba siempre en su corazon la inestinguible y ardiente llama del amor materno.

Esto disculpa en parte sus feroces instintos de venganza.

Por su parte Jaime no se imaginaba que pudiera llegar un dia de castigo para sus grandes crímenes.

Soñaba con su felicidad, y completamente embriagado con sus alhagadoras esperanzas se figuraba la vida un paraíso.

El malvado que ve pasar un año y otro año disfrutando impávido de los beneficios de sus crímenes, no cree en la Providencia, se figura que los destinos de este mundo son obra de la habilidad y de la astucia; pero cuando ve llegar tremendo é implacable el momento del castigo, se humilla aterrado. Ah! entonces tiene miedo.

Se mira en el fondo tenebroso de su conciencia y sin

valor para alzar los ojos al cielo, ya lo ve todo oscuro y nebuloso en torno suyo.

En cambio ¡qué inefable tranquilidad la de una conciencia pura!...

Qué pocos castigos esperaba la marquesa.

Agobiada por el peso de la adversidad, durante tantos años, lo había sufrido todo resignada y elevando siempre al cielo sus plegarias.

Esta santa resignacion, esta inalterable dulzura en medio de la desgracia, eran hijas de la confianza íntima que abrigaba su alma de que llegaria la compensacion para sus males.

Al bueno no le falta nunca esa esperanza sublime; el malo no puede tenerla porque carece de la fé y de la bondad del corazon.

Enamorado Jaime en esa edad en que las pasiones son mas fuertes, se hallaba enagenado de gozo á los piés de su amada haciendo sobre el dorado porvenir que les esperaba risueños castillos en el aire.

—Ah! léjos de España!... léjos, muy léjos, querida Rosario, donde se respire una atmósfera mas pura, donde nos veamos libres de estas borrascas políticas que todo lo envenenan!... ¡qué felices seremos!... decia el marqués.

—Es verdad; pero temo que si retrasamos veinticuatro horas nuestro viaje, no podremos ya marcharnos, y Dios sabe lo que sucederá.

—Pues vámonos esta noche!... todo está preparado... y yo puedo ir en este instante á casa del juez y dejaré entablada la demanda de divorcio.

—Pero mi tia está empeñada en ir tambien á casa del

juez; es muy desconfiada y quiere ver por sus propios ojos que todas las cosas quedan perfectamente arregladas para que no tengamos luego obstáculo en nuestro matrimonio.

—Es un capricho que no comprendo, pero le respeto; dijo el marqués encogiéndose de hombros.

—Como debemos respetarlos los dos, si hemos de heredar los muchísimos millones que valen sus haciendas de Méjico.

—Lo que nos contraria es su enfermedad.

—Si ya está bien; ha sido una cosa pasajera; quizá una calentura intermitente, porque hoy no tiene novedad ninguna; ha comido, y hace un momento se estaba visitando, pero héla aquí!... Ah! gracias á Dios, querida tia.

El marqués se levantó vivamente y corrió hácia Rosa que se presentó en el gabinete.

—Y cómo estamos?... la preguntó; qué felicidad ver á usted restablecida.

—Y muy animosa, no es verdad?... exclamó Jimena.

—Sí, hija mia; mucho.

—Si supiera usted que malas noticias hay de los sublevados!... La reina viene esta noche y se espera que á su entrada se amotine el pueblo; ¿si quisiera usted que nos marchásemos?... ay! yo tengo un miedo horrible á los tiros y á las barricadas, decia Jimena elevando hácia ella las manos suplicantes.

—Y por qué no me lo has dicho antes?...

—Señora, añadió el marqués con solemnidad; verdaderamente es grave la situacion política y no debemos perder un minuto en salir de España.

—Pues, por mi parte corriente, dijo Rosa; vámonos

ahora mismo á casa del juez, tú Rosario arregla el viaje, y antes de dos horas salimos de Madrid. ¿Tiene usted ahí su carruaje?

—Sí señora; precisamente me espera; contestó el marqués lleno de alegría y frotándose las manos con satisfacción.

—Pues vámonos; no sea que nos suceda cualquier cosa desagradable y no lleve yo la culpa. No ha de consistir en mí la tardanza.

—Qué buena!... ¡tia querida!... decia Jimena abrazándola.

—Vamos, vamos marqués; estoy á sus órdenes: que lo tengas todo dispuesto, y haz preparar los carruajes.

El marqués muy ufano ofreció el brazo á la que juzgaba tia de su amada y se dirigieron á casa del juez.